



NAZARENO MORELLI

Hay equipo

Pese a su talento y a su éxito, la banda sigue manteniéndose al margen de la gran industria de la música. “No necesitamos tocar en River”, dicen.

NATALIA PAEZ

En español no existe una palabra para designar algo así como la complacencia de la melancolía, o el regocijo de la nostalgia, sin que se malinterprete en un oscuro gusto por el dolor. No existe, pues, una palabra para referirse a eso que en el portugués puede decirse *saudade*. Y esa es justamente la idea que sintetiza el registro espiritual de la música de Pequeña Orquesta de Reincidentes (P.O.R.): una melancolía que se permite no ser siempre triste.

Ante todo rioplatenses, medio tangueros, medio rockeros y en el medio todo tipo de ritmos y texturas inmigradas de distintas geografías –llegaron a albergar hasta la música folk de Europa del este y los balcanes– empezaron despistando con la elección de instrumentos no convencionales y se dicen a sí mismos “inclasificables”. Pero también dicen de sí: “Nosotros no hacemos música de vanguardia”.

Si hay un hilo conductor en sus creaciones –afirman– es la reivindicación del trabajo en equipo, con liderazgos repartidos que a la hora de oír sus discos se revela en un diálogo entre los instrumentos. Todos escriben, componen, sugieren, arman, arreglan. Son cinco hombres-orquesta: Juan Pablo Fernández (voz, guitarra), Santiago Pedroncini (guitarra, banjo, mandolina, trompeta), Guillermo Pesoa (piano, acordeón, voz, violín), Alejo Vintrob (percusión, chapas y batería) y Rodrigo Guerra (contrabajo, tuba, trombón y voz).

Su segundo disco (1998) se llamó ¿Qué sís ahora? y al actualizar la pregunta cuando están presentando el último, Traje, ellos responden. “No hay un quiebre en este disco con respecto a los otros, sino una profundización de una voz que ya tenía-

mos. En el proceso creativo a veces volvemos a cosas que creamos perdidas”, dice Pedroncini.

En 1996 tocaron en el Teatro Opera de Buenos Aires como teloneros del oscuro poeta australiano Nick Cave and the bad seeds. Aquel fue, sin duda, un momento importante de la carrera de estos músicos que este año cumplieron su 15º aniversario tocando juntos y que van por su séptimo disco. Entonces un productor de la Tenderpray Management –agencia de Cave– les ofreció gestionar la edición de un disco para el mercado europeo. A pesar de que finalmente no se pudo editar, la revista española

PROYECTOS

Europa, una meta

Iniciaron un ciclo en el Club del Vino –Cabrera al 4700– todos los jueves de abril y los viernes de mayo. “Nos interesa mucho la idea de que ese lugar se vuelva un poco nuestro. Que la gente sepa que ahí estamos si nos busca”, explica Alejo Vintrob, que en la banda se encarga de batería. Los shows se centrarán en el último disco, Traje, pero también recrearán temas que tienen más de una década.

El 22 tocarán en Rosario. Y en setiembre están invitados al Festival Mercat Música Viva de Barcelona. Una especie de feria musical donde productores van a buscar nuevos sonidos. También apuntarán al World Culture Festival, en Dublín. “El objetivo es ver si podemos editar nuestro material en Europa, porque es la única forma en que una gira allá tiene sentido”, opina Vintrob.

Zona de Obras incluyó el tema “Más allá del mar” en su edición dedicada al amor y vendió algunos ejemplares del disco Nuestros años felices (1996).

Entre otras voces autorizadas para opinar –que se alzaron para hablar bien de ellos, se escuchó la del Indio Solari– de Los redonditos de ricota que dijo en una entrevista con Clarín cuando le preguntaron sus preferencias dentro de la escena del rock local: “Me gusta esa cosa medio dark de los Reincidentes”.

Se puede decir que la P.O.R. es una banda exitosa. Consiguió que les financiaran todos sus discos. Entre ellos el Fondo de Cultura de Buenos Aires y el Centro Cultural Rojas. Pero por algún designio siguen manteniéndose al margen de la gran industria de la música y siguen siendo de alguna forma músicos independientes. ¿Es esta rara melancolía un atributo por el cual los productores de las discográficas no se matan por apropiarse? “Hay una estandarización de la industria y nosotros hacemos música que no encaja en ciertos estándares. En el rock se sabe que dos más dos es cuatro, casi siempre. Y el mercado está polarizado, casi no se ve arriesgado. Pero no necesitamos tocar en River”, dice Guerra para que quede claro.

Si algo se puede agregar para el que no los haya escuchado es que son expertos en crear climas. Hablan de su estética: “Las búsquedas de clima y belleza no van de la mano. Hay muchas cosas que pueden quedar bien en un tema y otras que refuerzan sentimientos, climas. Nosotros preferimos las segundas”, dice Pesoa. Y Fernández refuerza: “Hay algunos recursos que podrían ser ‘eficaces’, amables... Pero no tenemos miedo de elegir algunas cosas impudicas. Por ahí pasa nuestra melancolía”.

POR
ANDRÉS HAX



ARTE TRANSGÉNICO EN EL
ESPACIO FUNDACION TELEFONICA

Charla con el autor de una coneja

El artista brasileño Eduardo Kac tiene una mascota única, aunque vive lejos de ella y tal vez ya esté muerta. Es una coneja llamada Alba. En el 2000 Kac llenó París de afiches reclamando su paradero y retorno. En su casa en los suburbios de Chicago –donde es profesor en el Chicago Art Institute– mientras que sus vecinos republicanos colgaban banderas estadounidenses apoyando las tropas en Irak, Kac mostraba, desafiante, una bandera en homenaje a su desaparecida Alba: el conejo fosforescente. ¿Qué?

Estamos en el Espacio Fundación Telefónica, en la calle Arenales, frente a la elegante plaza Vicente López, ya otoñal en el crepúsculo. Decenas de jóvenes con ropas coloridas y señoras perfumadas rodean a Eduardo Kac, que amablemente conduce un tour de su obra *Rabbit Remix*. Es una serie de fotos, dibujos y objetos multimedia dedicados a reflexionar sobre el impacto de su notoria obra de arte transgénica GFP Bunny (alias Alba). El conejo desaparecido fue manipulado genéticamente por Kac para que su piel brillara debajo de luz ultravioleta. El laboratorio, asustado por el clamor mediático, tomó posesión del conejo y rehusó hablar más del tema.

Kac está vestido de traje negro, con camisa y calcetines blancos. Es delgado, alto y pelado. Usa una argolla de plata en cada oreja y un grueso anillo, también de plata, en su dedo anular de la mano derecha, con la cual gestucula continuamente. Habla un castellano perfecto, pero con un curioso acento en parte portugués, en parte yanqui. Detrás de él hay una pequeña estatua kitsch que lo retrata abrazando a Alba: un facímil en tres dimensiones de la foto que recorrió el mundo a fines del 2000. “Allí estaba más gordo, y tenía más pelo”, aclara, provocando risa entre sus fieles.

La charla abierta al público es para inaugurar esta extraña y fundamental muestra que permanecerá abierta hasta el 28 de mayo. Son tres instalaciones –más *Rabbit Remix*– donde la barrera entre lo biológico y lo tecnológico se derrumba. Hay que verlo para creerlo. Es como si estuviéramos de golpe en el Matrix. De hecho el guardia, vestido de negro, con su intercomunicador inalámbrico parece el nefasto agente Smith de la película. ¿Acaso no nos hemos caído por el pozo de conejo de Alicia? ¿Me tomé la píldora roja sin querer?